

Recibido en "de este y de aquellos" como 5

9

EL ZORRILLISMO ESTÉTICO

(Para LA NACIÓN)

SALAMANCA, abril de 1917.

Hace pocos días se ha celebrado el centenario del nacimiento del poeta don José Zorrilla. Es decir, como celebrarse, apenas si se ha celebrado. Los tiempos no están para celebraciones de centenarios de poetas, aunque éstos hubiesen sido Zorrillas. No se celebró el centenario de Cervantes... y Cervantes, para todos, hasta para los más entusiastas de Zorrilla—entre los que no me cuento ni muchísimo menos—significa bastante más que éste.

Zorrilla, sin embargo, significa algo. Han celebrado su centenario primero y quien más, como es muy natural y justo, su pueblo natal: Valladolid. Y aun en éste la fiesta ha sido muy modesta, y por así decirlo, para los de casa. Y luego lo han celebrado, con artículos y juicios sobre el poeta, algunas publicaciones periódicas. Y por cierto que en la mayor parte de esos juicios, firmados por las firmas más conspicuas en nuestra literatura, hemos creído ver un cierto fondo de poca sinceridad o más bien como si se respondiese a una tácita consigna. Párecenos, en efecto, que Zorrilla no suscitó grandes entusiasmos, y que todos estamos en el secreto del culto que aun parece que se le rinde. Es una especie de liturgia patriótica, y creemos que de un patriotismo mal entendido y peor practicado.

Son estos, sin duda, los tiempos menos adecuados para que se pueda juzgar con serenidad y con puro sentido estético, independiente de otros sentimientos e intereses, la poesía de Zorrilla. Porque estamos aquí pasando por unos días calamitosos y tristes en que el patriotismo, lejos de ensancharse o iluminarse, se empqueñece y se oscurece; en vez de hacerse un patriotismo español si, pero universalista, se hace nacionalismo estrecho y de vista corta. Los que pretenden monopolizar el españolismo están dedicándose a defender nuestros defectos y nuestras pequeneces, a cultivar lo que nos diferencia y separa de los demás pueblos en vez de aquello que nos asemeja a ellos y con ellos nos une. Nuestros patrioteritos—que no patriotas—de la nueva y flamante hispanofilia española hacen algo parecido a aquellos torpes y mal aconsejados católicos que se empeñan en dar a los dogmas diferencial y específicamente católicos, a los que distinguen al catolicismo de las demás confesiones cristianas, más importancia que a lo que es común a todas estas confesiones, a lo genéricamente evangélico. Y a algunos de esos patrioteritos les ha servido Zorrilla.

Muchas veces hemos dicho y repetido que un poeta es tanto más universal cuanto más de su tiempo y de su pueblo es si tiene profundidad de comprensión, estética de expresión. El Dante era un florentino del siglo XIII; muy florentino y muy del siglo XIII. La universalidad no es el cosmopolitismo. La universalidad no se alcanza por vía de remoción o de exclusión de diferencias, sino muchas veces abondan-



do en éstas. Pero tanto, que dejan de serlo. Hacia adentro, hacia las raíces, se encuentra lo que no es común. Un lírico, sin más que ahondar en sus propios personales dolores y gozos, llega a la universalidad. Buen ejemplo es Leopardi.

Y una vez sentado esto, cumple decir que Zorrilla no llegó a esa universalidad, y que no llegó a ella porque no ahondó ni en sí ni en su pueblo. La poesía de Zorrilla es, estéticamente, superficial. Estéticamente, decimos. No que carezca de profundos pensamien-

tos filosóficos, lo cual es evidente, pues lo que podría llamarse el pensamiento zorrillesco es de una vulgaridad aplastante. No, no es eso; es que, estéticamente, como expresión, impresión y emoción artísticas es superficial. Los sentimientos que quiere expresar son sentimientos superficiales y están superficialísimamente expresados. Las metáforas son las del común acervo, las viejas, las de siempre, las del montón, las que se vienen repitiendo de siglo en siglo y están expresadas en una lengua diluida y vaga, sin precisión estética alguna.

Rara, rarísima vez acertaba el improvisador verboso, hojarascoso, que era Zorrilla con el epíteto estéticamente justo, con el más concretamente expresivo, con el definitivo, con el único. Y, sin embargo, produce en los que no se fijan y leen para no enterarse, la ilusión de que su lengua era rica. Sería abundosa, pero rica no. La abundancia de palabras diferentes no equivale a riqueza. Pues la riqueza de una lengua más se pesa que se cuenta. Una palabra de oro, precisa, concreta, sugestiva, vale más que una docena de palabras de plomo. Lo que ocurría a Zorrilla es lo que les ocurre a no pocos oradores nuestros, abundosos e improvisadores como él, y es que al faltarles el epíteto justo o la expresión ceñida nunca les falta el rodeo de doce o veinte palabras con que los suplén. Y es claro, no acucian una de esas frases que una vez oídas se clavan para siempre, con clavo de emoción, en la memoria. Zorrilla no tenía idea ni sentimiento muy claros

del valor de muchas de las palabras que usaba; le sonaban bien, es decir, encajaban bien en el sonsonete melopeico y bastante metronómico y primitivo de que se valía, y eso le bastaba. El poco más o menos, el «a peu près», era, como en tantos de los nuestros, su defecto capital.

Recuerdo algunos versos suyos de los que aprendí en el texto de retórica y poética, donde venían como ejemplos, hace ya cuarenta años, y repasándolos en la memoria, me percaté de la imprecisión de aquellos epítetos. El «coloroso abril», el «ruiseñor gentil», el eco del torrente «grave y majestuoso», la «inmensa soledad» del desierto, etc., etc., etc. Pocas, muy pocas veces llevó a cabo aquella proeza artística que estima la de más valor nuestro Valle Inclán y es unir por primera vez dos palabras que antes no se vieran unidas y de tal modo que satisfagan al que lo lee y le enriquezcan la visión de la realidad. Los epítetos de Zorrilla suelen ser los consagrados, es decir, los gastados.

Y si ese poeta,—que lo era, y a su





mo, muy significativo y representativo—no tuvo bricolaje de lenguaje y si sus metáforas eran las del común acervo, lo que revela pobreza de imaginación, pues imaginación no es la facundiosa facilidad de enristrar lugares comunes artísticos, tampoco fué rico en sentimiento. Zorrilla es de ordinario frío, muy frío. Su lírica no acusa emoción alguna profunda y verdadera.

¿Por qué, pues, se empeñan muchos en querer hacer de él el primer poeta español del siglo XIX, si es que no de todos los siglos, el poeta de la raza? Sin duda porque representa a ésta en lo que tiene de más exclusivo, de menos universal, en sus defectos. Zorrilla es un espejo en que debemos mirarnos, pero para huir de él y de lo que nos refleja. El zorrillismo es peor, mucho peor, que el gongorismo. Porque éste, el gongorismo, en Góngora sobre todo, acusa, como el barroquismo en arquitectura, escultura y pintura, un desarreglo imaginativo, pero imaginativo; violenta y contorsionada las imágenes, las metáforas, pero las crea nuevas. El zorrillismo

no es sino hojarasquería sonora. Y con una sonoridad muy simple, para oído muy sencillo e incapaz de apreciar la íntima consonancia de ciertas a primera impresión disonancias. La melodía de Zorrilla es melodía de caramillo de pastor. A lo más, de flauta. Al órgano apenas llega, y a la orquesta nunca. Son estrofas preceptivas, erizadas de agudos, son de lo más primitivo que se puede oír.

No sólo nos parece una enormidad lo de que Zorrilla haya sido, él el más grande poeta español del siglo XIX, sino que preferimos a muchos poetas españoles del pasado siglo que pasaron sin tanto ruido, y algunos que son estimados como de segunda o tercera fila. Hasta el mismo Quintana, de quien tanto y tan ligeramente hemos maldecido, y yo el primero. Y luego Espronceda y Becquer y Campoamor. Y yo, por mi parte, no siento deseos de releer a Zorrilla y releer a algunos de esos poetas íntimos, recogidos, delicados, que, como Vicente Wenceslao Querol, Ventura Ruiz Aguilera y algunos más, pocos, muy pocos—entre los muertos, pues nada quiero decir de los vivos y alguno de éstos vive hoy ahí, en la Argentina—pasaron sin meter el ruido que metió Zorrilla y sin coronaciones ni estrépitos. Doy todo Zorrilla por las cosas que Querol decía de sus padres y su hermana muerta, o las que a sus hermanas vivas decía, o por aquellos cantos que a Aguilera le inspiró el dolor de los dolores, el que le causó la muerte de su hija y que son de lo más hondo, de lo más trágico, de lo más universal que se ha hecho en España.

En Zorrilla, que tiene, repito, un gran valor artístico, pero sobre todo un valor representativo, atrae aquí sobre todo los defectos. Al elogiarle es que nos defendemos, y nos defendemos de

de nuestro aislamiento espiritual, de nuestro empequeñecimiento. Y sobre todo, nuestra pereza. Que es pereza estética, lo mismo que intelectual y económica y moral. No queremos conquistar nuevas y más altas fuentes de emoción y de goce estético, nuevos y más puros y más altos goces.

Zorrilla no podrá nunca ser representativo de nuestra raza en el más alto y noble sentido, de tal representación. No podrá nunca representarnos ante los demás pueblos. Nos representará ante nosotros mismos, o mejor dicho, nos servirá de espejo para que veamos nuestra desnudez estética, nuestra desnudez de pensamiento, de sentimiento y hasta de imaginación. Pero no nos representará ante los demás pueblos como nos representan, y dignamente, Cervantes y Lope de Vega y Calderón y otros más. Zorrilla no pertenecerá nunca a la literatura universal. Es absolutamente intraducible. Y poeta en que al traducirle no queda poesía, no podrá ser poeta universal.

Hay, en efecto, lo que llamamos literatura universal y que tanto preocupó a Goethe. Hay escritores nacionales, de una nación cualquiera, que difícilmente saldrán, con valor, de ella, y hay otros que interesarán en todos los países y tiempos. Y esto aunque hayan escrito de cosas muy estrictamente nacionales e influidos por pasiones muy nacionales. No es cuestión de asunto. El «facundo», de Sarmiento, por ejemplo, llegará a ser mucho más universal a medida que vaya siendo conocido, ahora empieza a serlo en España—que teniendo que chocar y luchar entre sí los vecinos, chocando y luchando aprenden a conocerse y conociéndose se quieren aunque otra cosa parezca. Estamos vencidos, por ejemplo, de que hasta debajo de los ataques y censuras que algunos energúmenos dirigen hoy aquí a los franceses—aunque la consigna es más bien insultar y calumniar a la casi desconocida Inglaterra—late un fondo de estimación, mientras que las disparatadas adulaciones a los alemanes sueñan a falso, por la sencillísima razón de que casi todos esos aduladores de Alemania no conocen a ésta ni por el ferro ni saben nada de ella ni les importa, además, saberlo. Como que no tenemos, ni por tierra ni por mar, medianería alguna por ellos y no se puede ir de España a Alemania sin pasar por tierras o aguas jurisdiccionales de otro pueblo.

Chocando y luchando aprenden a conocerse los hombres y luego a compadecerse mutuamente. Y es en la calle, y no en el campo, en la calle donde se originan las disputas donde la compasión nació. Los crímenes cometidos en el campo y por campesinos suelen ser mucho más feroces e inhumanos que los cometidos en los lugares, villas y ciudades. En mi tierra nativa he podido observar que las gentes de las villas y lugares, las de la

Querol
R. Aguilera





calle, son más humanas, más compasivas, más piadosas que las de los caseríos desparramados por los montes. Los trágicos dramas de familia son más del monte. La dureza, por ejemplo, de los hijos para con los padres inválidos por ancianidad es cosa montesina. La pureza de costumbres del campesino es un mito y nada más. Hay, digase lo que se quiera, más íntima moralidad en las villas y ciudades, aunque alguna vez haya más disipación. Y ello se debe, sobre todo, a que hay otras luchas.

Ahora, por ejemplo, se está poniendo aquí de manifiesto al predominio del espíritu de montaracía o de servidumbre—y el montaraz es siervo hasta cuando se rebela, pues lo hace para que no le quiten las cadenas—sobre el espíritu de ciudadanía. Para los que están lejos y nos oyen a los veinte que gritamos y no a los millones que callan, parecerá que aquí hay lucha y choque de ideas y pasiones con esto de la guerra y sus salpicaduras a España, pero no es así. Somos unos cuantos españoles, conscientes de nuestra españolidad y preocupados del porvenir y la dignidad espirituales de la patria los que peleamos contra unos cuantos alemanes, que tomando a sueldo a unos sujetos nacidos y naturalizados en España o sea españoles oficialmente, atentan contra la integridad de nuestro espíritu y quieren corromper el alma de nuestro pueblo infestándola de embustes y mentiras y de bajos rencores. Pero lo más del pueblo permanece, desgraciadamente, sordo a lo que decimos unos y otros. No parece importarle nada. Vive en su alquería, cortijo o caserío, que no parece ser otra cosa hoy lo más de esta tierra. Su sensibilidad es montaraza o campesina. Su actitud

puede resumirse en esta castiza frase: «por ahí me las den todas». El egoísmo colectivo nacional es suicida. Cuando no hay más remedio que encarar las cuestiones internacionales, se las encara con un sentido no ya nacionalista—pues el nacionalismo tiene raíces internacionalistas y sino no es más que vacuidad o barbarie—sino con un sentido localista o lugareño. Diríase que la nación toda es una vasta aldea de cortijos o alquerías separados unos de otros.

No hay cheques, no hay verdaderos choques. El antipoliticismo es la fórmula de este lamentable estado. La guerra interesa a muy poca gente y de esta gente la más de ella no la sigue sino con el inespíritu con que se sigue una corrida de toros. «¡Qué tios!» tal es la expresión. Y los alemanes que aquí operan para incautarse de esto y explotar nuestra pereza espiritual, se cuidan muy bien de hablar apenas más que de su eficacia y de sus triunfos y de su poderío y de lo que van a hacer y a acontecer, además de falsificar nuestra historia y recordar chismos. Porque saben que el alma colectiva se va volviendo alma de comadre que sólo recuerda que el día tal de tal mes y año la otra le pisó un callo o no le saludó al pasar.

Y es claro, en tal estado de montaracía, el recurso es la caza. La caza del destínillo.

MIGUEL DE UNAMUNO

